

Chapter Title: Trabajadores agrarios en una economía rural de escaso desarrollo (Córdoba, Argentina): entre el salario, los subsidios y la informalidad laboral

Chapter Author(s): Magali Luciana Paz and Carlos Eduardo Martínez

Book Title: Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo

Book Editor(s): Hernán M. Palermo, María Lorena Capogrossi

Published by: CLACSO. (2020)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv1gm012v.19>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-ShareAlike 4.0 International License (CC BY-SA 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>.



CLACSO is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Tratado latinoamericano de Antropología del Trabajo*

Trabajadores agrarios en una economía rural de escaso desarrollo (Córdoba, Argentina): entre el salario, los subsidios y la informalidad laboral

Magali Luciana Paz y Carlos Eduardo Martínez

Introducción: Cruz del Eje en el marco de la expansión de la frontera agro-ganadera

Más allá de la dificultad encontrada para discriminar con precisión las operaciones –tanto directas como indirectas– para el avance territorial del capital en detrimento de las pequeñas unidades productivas, existe evidencia parcial demostrativa de que el *noroeste de la provincia de Córdoba* es uno de los tantos casos locales donde se observan modalidades de avance del capitalismo agrario sobre zonas antaño consideradas de poco rinde (o marginales en cuanto a su valor

productivo) y habitadas, en su gran mayoría, por economías domésticas (Becerra, Issaly, Ricotto, Bergamin y Ryan, 2011; Preda, 2015). En este sentido, existen dos cuestiones históricas que ayudan a comprender dicha problemática en el caso puntual indagado: por un lado, las implicancias de la desestructuración de las economías regionales durante la década del noventa, claves para entender la forma que adquirió la distribución productiva en el territorio;¹ por el otro, los cambios que el ámbito rural comenzó a experimentar a mediados del siglo XX en América Latina y Argentina, caracterizados por la intensificación del dominio del capital transnacional en el agro y por la búsqueda de una integración flexible en la reestructuración que se expresa en alianzas empresariales, incremento de la producción a escala con tecnologías de punta y procesos crecientes de movilización y precarización de la mano de obra (Martínez Dougnac, 2014; Grass y Hernández, 2016).

Específicamente, Córdoba presenta una “*a-sincronía regional*” (Bergamin, Ryan, Saal, Barrientos, Tamagnini, Meyer, Menna y Tronca, 2007) que permite recortar dos grandes espacios territoriales: la zona conformada por los departamentos del este y sur (zona “pampeana”), que consiguió insertarse exitosamente en el actual modelo econó-

¹ En 1991 el ex presidente Carlos Menem sancionó el decreto 2284 que, entre otras cuestiones, eliminaba la intervención estatal en materia de formación de precios y de costos internos; se derogaron las rebajas arancelarias y las medidas regulatorias e impositivas de los mercados regionales. En materia ferroviaria, que había sido uno de los núcleos laborales más importantes de Cruz del Eje, el gobierno dictó el decreto-Plan Ferroviario 666/89, complementario de la Ley de Reforma del Estado, donde se propiciaba la apertura de las empresas estatales al capital privado, la racionalización de las empresas y el cierre de todas las instalaciones ferroviarias que no demostraran solvencia económica. La producción olivícola perdió todo tipo de competitividad, pasó de ser la principal fuente de ingresos a tener una escasa participación en el producto bruto local; el mismo ritmo sufrió la actividad minera (Felder, 1994, pp. 58-59).

mico dominante (lo que se tradujo en un significativo proceso de crecimiento y modernización), y, en contraposición, la zona norte y oeste (zona “extra-pampeana”), que históricamente había sido el polo concentrador de los recursos humanos y materiales de la provincia, pero que no consiguió responder a los requerimientos del “complejo oleaginoso” (quedó rezagada, permaneció al margen de dichas transformaciones y experimentó otras de signo contrario, de marginalidad económica y atraso).²

En su extremo noroeste, Córdoba comparte con las provincias vecinas de La Rioja, Catamarca y Santiago del Estero las denominadas Salinas Grandes y Salinas de Ambargasta, que forman parte de la zona más árida y calurosa de la provincia. En ella se encuentra el complejo hoy conocido como bosque chaqueño (también denominado “monte”), cuyas especies típicas son el molle de beber, el coco y el quebracho serrano o cordobés, el tala, el mistol, el chañar, el algarrobo y el espinillo. Durante las últimas tres décadas del siglo XX, el factor de cambios en la cobertura de la región estuvo dominado por la “conversión de bosques en tierras agrícolas” (Cabido y Zak, 2010, p. 7), siendo los departamentos de Ischilín, Tulumba, Río Seco, Cruz del Eje y Río Primero, los de mayor superficie deforestada. Asimismo, la literatura existente coincide en señalar que la región del noroeste se ratifica no solo como el área con mayor cantidad y diversidad de

² De acuerdo a datos oficiales, el año 2014 registró cifras récords en cuanto al volumen de las cosechas en soja, maní y girasol (producidos en la zona pampeana de la provincia), con volúmenes que rondan entre las 44 y las 85 mil toneladas. La economía cordobesa creció, en términos reales, a una tasa anual promedio del 3,4% y el sector que exhibe la mayor tasa de crecimiento promedio real anual es la agricultura, ganadería, caza y silvicultura (4,6%). La producción de maíz representa la mayor proporción de las toneladas totales de este grupo. En segundo lugar, es el trigo el cereal con mayores toneladas generadas, siguiéndole el sorgo (Ministerio de Finanzas Dirección General de Estadísticas y Censos, Gobierno de la Provincia de Córdoba, 2014, pp. 136-140) .

productores familiares, sino también como el territorio donde se concentra el mayor número de situaciones conflictivas de tenencia de la tierra, así como los menores niveles de capitalización en el sistema agrario, y donde hay un amplio predominio del trabajo familiar y las condiciones más comprometidas de reproducción social de los sistemas productivos. “Esta área presenta condiciones de vulnerabilidad y riesgos generalizados para mantenerse en la estructura productiva” (Bergamín, 2007, p. 58).

El departamento de Cruz del Eje representa una de las localidades de referencia geográfica en la zona que acabamos de describir. De acuerdo al último censo de población de la provincia (2010), dicho departamento cuenta con 58.759 habitantes y, según nuestros cálculos, son 20.999 los pobladores en zonas rurales, los cuales, comparados con los 6.297 existentes en el vecino departamento de Ischilín y los 5.290 del departamento de Punilla (Ministerio de Planificación, Inversión y Financiamiento, Secretaría de Planificación, Gobierno de la Provincia de Córdoba), nos permiten concluir que Cruz del Eje conserva el mayor porcentaje de población rural en la región. Respecto al régimen de tenencia de la tierra en el departamento, de acuerdo al Censo Nacional Agropecuario (CNA) 2002, los establecimientos agropecuarios con superficies inferiores a 500 ha corresponden al Tipo Social Agrario *Familiar Minifundista*. Siguiendo estos criterios, de las 1.294 Explotaciones Agropecuarias (EAP's) existentes, un 86 % (1.111 EAP's) se encontrarían comprendidas en este estrato. La mayoría de agricultores minifundistas no posee títulos de tenencia saneados,³ por lo que queda muy claro que estos productores fami-

³ De acuerdo lo establece la abogada y Dra. en Estudios Sociales Agrarios Mariana Romano (2011), en la provincia de Córdoba los mecanismos de aplicación de políticas públicas tendientes a sanear títulos de propiedad han resultado históricamente

liars se encuentran en inferioridad de condiciones para enfrentar a los actores económicos que aparecen en la zona, cuya influencia y avidez por el recurso tierra genera una disputa marcadamente desigual. Una consecuencia de este proceso en el departamento Cruz del Eje es la disminución del número de establecimientos familiares en el período intercensal 88/02 en un 33% (Hocsman y Preda, 2006, p. 5).⁴ A la par, Cruz del Eje es uno de los departamentos con mayores Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) y, a su vez, uno de los que más prestaciones sociales del Estado Nacional (subsidios) recibe en toda la provincia.

Este preámbulo es útil para formular algunos interrogantes en relación con la problemática a estudiar: ¿se encuentran referencias institucionales locales sobre la devastación del ambiente rural en la zona, sobre el aumento de los cercamientos de campos?; quiénes aluden a la cantidad de “subsidios” que recibe esta población ¿también refieren a la distribución inequitativa del agua, a los sueldos magros que los empresarios pretenden pagar por labores a destajo?

Muchos de los “*excluidos del campo*” (Fornari, 2011) en la región fueron durante gran parte de su vida pequeños productores, puesteros que desarrollaban tareas productivas y/o de servicios en las hacien-

inapropiados y han dejado desamparados a sus legítimos poseedores en todas las regiones del territorio. Entre los factores que han hecho inviable acceder a la justicia a la mayoría de los productores familiares afectados por estos problemas, se encuentran los altos costos de mensura y de defensa técnica, los trámites excesivamente lentos y, sobre todo, “la propia legislación vigente que no ha dado respuestas a la complejidad de situaciones de la realidad territorial” (p. 53).

⁴ Los autores utilizan como base de información el CNA del año 2002 por ser considerado de investigación más fidedigna que el CNA de 2008, el cual resultó afectado por el denominado conflicto “campo-gobierno”, que causó que muchos productores no quisieran brindar información a los censistas.

das o trabajadores asalariados de grandes explotaciones, entre otros. Y la realidad que encuentran hoy es la de una disminución abrupta en el número de unidades, o aún peor, la devastación del ambiente en el que viven (Trabaglia, 2007; Ensabella, 2008; Preda, 2015), sumada a un “marcado proceso de valorización de la tierra, derivado de la captación de rentas extraordinarias por la puesta en producción de tierras antes no explotadas comercialmente” (Grass y Cáceres, 2017, p. 172). Debido a tal situación, comienzan a tener lugar los intentos defensivos de los productores chicos, de los jornaleros y de sus organizaciones. Estas estrategias adoptan distintas formas: *diversificación de las prácticas productivas* –pluriactividad, aparecería y arriendo– e incorporación de cambios tecnológicos (Ferraris, Riachi y Bravo 2008; Cáceres, Soto, Ferrer, Silvetti y Bisio, 2010); *acciones directas* –movimientos sociales, territoriales, acciones colectivas– (Romano, 2011); negociaciones intersectoriales entre actores colectivos e institucionales como la Cooperativa agraria La Regional Limitada, o con instituciones estatales como el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) (Martínez, 2011).

En virtud de los elementos mencionados, el presente estudio intenta responder los siguientes interrogantes: ¿Qué caracteriza a los trabajadores rurales de Cruz del Eje (Córdoba)?; ¿cuáles son sus estrategias domesticas para sobrellevar la escasa demanda de empleo en la región y evitar así la opción de migrar a la ciudad? Antes de responder, corresponde precisar algunas categorías conceptuales y el abordaje metodológico que guiaron la pesquisa.

Marco teórico y estrategia metodológica

Este trabajo adopta el enfoque epistemológico que responde a la antropología del trabajo (Soul, 2015; Capogrossi, 2019). Dicha subdisciplina comienza a tomar forma en los años sesenta cuando algunos estudios antropológicos se focalizaron en las respuestas culturales de los sujetos subalternos –en general campesinos o integrantes de las comunidades locales– en el contexto de diversas dinámicas de hegemonía y dominación. Estos estudios recuperan la perspectiva holística del Modelo Antropológico Clásico (Menéndez, 2010, p. 43), y sus diferentes conclusiones abrevan en la ponderación de las prácticas de los subalternos y de la centralidad de las relaciones capitalistas en diferentes configuraciones socioculturales (Nash, 2008; Burawoy, 1972). Tal estrategia colectiva de investigación supuso la construcción de una diversidad de problemas en torno a la vida de los trabajadores que trascendían largamente la relación/actividad laboral situada para incorporar la cuestión del trabajo familiar, de las prácticas de reciprocidad e intercambio, así como las complejas articulaciones mediante las cuales se realizaban los procesos de descampesinización y proletarianización (Leite Lopes, 2011).

En su conjunto, estas investigaciones abonan en un reconocimiento de los complejos procesos de transición al capitalismo y de su concreción en regiones y sectores económicos puntuales. En palabras de Julia Soul, dichas indagaciones produjeron:

el desplazamiento del objeto comunidad al objeto trabajadores lo que condujo al reconocimiento del trabajo como una instancia relacional que potencia, motoriza y contribuye a configurar procesos socioculturales. Al mismo tiempo [...] se recuperaron preguntas en torno de la relación trabajo (asalariado) –cultura: ¿cuál es el estatus del espacio de trabajo en la configuración de los sentidos, las normas, intereses y

valores que rigen las relaciones entre trabajadores y empresario? [...], ¿cuál es la capacidad/posibilidad de los trabajadores, en tanto sujetos de cultura de construir y evidenciar ese contenido impugnatorio privativo de la cultura subalterna? (Soul, 2015, p. 9)

En síntesis, y de acuerdo a lo plateado por los y las autoras mencionadas, la antropología del trabajo constituye una delimitación del campo disciplinar que recupera la cotidianeidad laboral como escenario de problematización. Al presente, asume la diversidad de formas de realización del trabajo en las sociedades contemporáneas, incluyendo problemáticas vinculadas con las formas de trabajo autogestivas, el trabajo rural y la movilización de trabajo social a través de políticas públicas de empleo. También son recurrentes los temas relacionados con el trabajo infantil y las vinculaciones entre migraciones y ciclos productivos regionales.

Metodológicamente, adscribimos a la corriente de la *antropología histórica*, que resulta una perspectiva de análisis antes que un conjunto de técnicas, y reconoce los siguientes elementos como sus principales características: la documentación de lo no documentado, a partir de una descripción vinculada a nociones teóricas; la realización de un trabajo de campo prolongado y vivencial, donde adquiere centralidad la experiencia subjetiva del investigador; el rastreo y valoración de los saberes locales (que son heterogéneos y contradictorios, pero nos otorgan llaves para vislumbrar procesos ocultos); la interconexión de los procesos cotidianos con otros de mayor escala, permitiéndonos producir conocimiento científico (Rockwell, 2009). Desde esta perspectiva, además, lo conflictivo se constituye en un terreno fértil de análisis: allí se expresan los argumentos de los diferentes actores involucrados en los procesos estudiados, argumentos generalmente solapados –tanto intencional como involuntariamente– por quienes los sostienen.

El trabajo de campo se llevó a cabo en el departamento Cruz del Eje, Córdoba: se efectuaron estadías de aproximadamente quince días en las localidades bajo análisis entre enero de 2013 y abril de 2018. En el caso de los trabajos en los meses de verano, tales estadías tuvieron una duración de veinte días, aproximadamente. La consecución del trabajo de campo se efectuó a partir de las técnicas habituales en antropología social, a saber: observación con participación, entrevistas abiertas, semiestructuradas y en profundidad e historias de vida. En ese sentido, utilizamos un tipo de diseño de investigación cualitativa que se basa en un muestreo intencional y por bola de nieve, donde los/as sujetos entrevistados/as conducen a otros/as, y así sucesivamente. En investigaciones cualitativas como estas no se pretende extrapolar los resultados de la investigación a toda la población, sino más bien comprender en toda su riqueza la perspectiva de los sujetos; es decir, lo importante es captar la profundidad, más que la extensión (Vasilachis de Gialdino, 2007). Las entrevistas realizadas son propiamente antropológicas, es decir, *no directivas*, “este tipo de entrevista cabe plenamente en el marco interpretativo de la observación participante, pues su valor no reside en su carácter referencial sino performativo” (Guber, 2012, p. 69), y fueron concretadas *in situ*. El criterio de relevancia consistió en seleccionar a los entrevistados a medida que permitieran ampliar el rango de heterogeneidad del universo para que emergieran nuevas categorías de análisis, las cuales, a su vez, orientaron la búsqueda de nuevos casos.⁵

⁵ En relación con la metodología empleada, remarcamos que la utilización del software Atlas/ti® agilizó las actividades en el análisis cualitativo y la interpretación. El proceso de análisis con Atlas/ti® constituye la interface entre los niveles textual y conceptual: desde lo textual, integramos toda la información recabada en las entrevistas, facilitando su organización, búsqueda y recuperación; en cuanto a lo analítico, establecimos relaciones entre los distintos discursos de los informantes.

Más concretamente, forman parte de la muestra veintidós familias jornaleras de la pedanía Cruz del Eje en el departamento de nombre homónimo, específicamente de los parajes y comunas *dentro de zona de riego*, donde las actividades agrícolas están más difundidas. Hemos intentado cuantificar los ingresos familiares, prestando una especial atención a lo que podríamos denominar la “economía informal” (tareas no registradas y prestaciones de subsidio), y, finalmente, mostrar cómo los propios trabajadores perciben sus actuales condiciones de subsistencia, cuál es la autovaloración de su propio oficio y cuáles son, en su opinión, las perspectivas de futuro para ellos y sus hijos.

Ahora bien, es conveniente aclarar a qué nos referimos cuando hablamos de trabajadores rurales, jornaleros o cosecheros. De acuerdo a autores marxistas que estudian la economía agraria, tanto el campesinado como los proletarios rurales y su particular dinámica deben considerarse insertos en contextos sociales más amplios para poder comprenderlos a ellos y a la sociedad en la que viven (Roseberry, 1978; Shanin, 1979). Reconocemos, en tal sentido, que las personas que estudiamos no existen de forma aislada y que los procesos sociales que más los afectan no pueden explicarse en términos de interacciones locales. Como presentamos en la introducción, la región rural en la que realizamos nuestro estudio está vivenciando durante las últimas décadas el proceso más general de avance de la frontera agro-ganadera que ha modificado las bases económicas históricas del territorio. No obstante, el problema se nos ocurrió en el proceso de analizar una situación particular, y lo que sigue es una indicación sobre el tipo de análisis necesario para la especificación de las relaciones sociales en esta realidad local.

En efecto, la imagen de la economía rural del departamento Cruz del Eje es compleja, dado que no resulta ni campesina ni capitalista

en su totalidad. Es decir, encontramos comunidades campesinas tradicionales (unidades domésticas), pequeños productores (de economía tipo “farmer” o “chacarera”) y empresas capitalistas. Aquí pensamos en términos de clases sociales, por lo que debemos agregar una cuarta categoría, constituida por los proletarios rurales.

La *economía campesina* se define a partir de dos criterios básicos: predominio de fuerza de trabajo doméstica y ausencia de una acumulación sistemática de capital (Balazote y Radovich, 1992). En cambio, la organización capitalista de la *empresa rural* parte de otros supuestos: utilización de fuerza de trabajo asalariada en forma permanente y acumulación de capital. Ahora bien, “los pequeños productores conservan de los campesinos el trabajo familiar como un elemento sustancial en el proceso productivo, y de los capitalistas el uso de la fuerza de trabajo asalariada en los trabajos de carpida y cosecha” (Archetti y Stolen, 1975, p. 147). Así, los autores utilizan la denominación de colonos o la palabra inglesa *farmer* para designar a los pequeños productores que combinan trabajo doméstico y trabajo asalariado y que acumulan capital, lo que les permite, en un lapso significativo de tiempo, ampliar el proceso productivo aumentando la productividad del trabajo. Sin embargo, Azcuy Ameghino (2012) en su propuesta de análisis sobre la pampa húmeda, prioriza a la *organización social del trabajo* y presenta como objeto polémico de su investigación al denominado *chacarero pampeano*: un gran grupo de individuos caracterizados por aportar su trabajo manual independiente, trabajo denominado *familiar* en oposición al asalariado. De esta manera, sorteando utilizar conceptos “importados” para asumir la realidad del campesino que acumula, Ameghino considera que “lo importante es establecer de qué modo dicha capitalización le entrega notas diferenciadas al pequeño productor campesino” (Azcuy Ameghino, 2012, p. 27).

Dadas estas referencias teóricas, se puede establecer que los *grupos domésticos campesinos* de Cruz del Eje cuentan con unidades productivas que no superan las quince hectáreas (ha) y que ellos representan a los sectores más vulnerables del departamento, en tanto los problemas principales de producción y reproducción tienen su causa en el déficit hídrico. La cría de caprinos constituye la actividad económica más importante de estas unidades, además de lo significativo que resulta el aporte de carne en la dieta familiar. Estos grupos obtienen la mayoría de sus ingresos a partir de la venta de los subproductos del caprino: la venta de animales en pie (a “bulto”), o bien la leche residual, el pelo y los cueros. Los destinos comerciales del cabrito en la zona, luego del autoconsumo y la reposición de madres, son: la venta a los “cabriteros” (intermediarios de los frigoríficos), la comercialización a través de las redes creadas por la Organización zonal Cruz del Eje perteneciente al Movimiento Campesino de Córdoba (MCC), y la venta a consumidores finales (Paz, 2019a).

Por otra parte, encontramos a las *empresas agropecuarias* de larga trayectoria en toda la región del noroeste de la provincia, así como también a nuevos actores, entre los cuales los *pooles* de siembra se destacan y resultan

capitales financieros que gestionan activos de terceros (tierra, maquinarias, mano de obra) a través de la figura de un ingeniero agrónomo para producir commodities durante un determinado lapso de tiempo. Su objetivo es lograr beneficios superiores a los de otras inversiones financieras [...], la emergencia de estos actores ha sido central en la financiarización de la agricultura, contribuyendo fuertemente al alza del precio de la tierra. (Grass y Cáceres, 2017, p. 176)

Particularmente, en el departamento Cruz del Eje se trata de productores extralocales que siembran alfalfa, practican la ganadería de cría

y recría o, en algunos casos, incursionan en los *feedlots*. Los *pooles* de siembra cuentan con superficies de entre quinientas y mil ha y su presencia ha ido creciendo en los últimos años de manera exponencial.

En relación con los *pequeños productores*, se puede establecer que en la pedanía Cruz del Eje cuentan con superficies prediales que no exceden en ningún caso las cincuenta ha.⁶ En ellas realizan cultivos de hortalizas (tomates, pimientos, berenjenas, acelga, lechuga); frutales (melón, sandía); y, en algunos casos, aún mantienen sus históricos olivares o siembran algodón (Paz, 2018). Asimismo, en base a nuestro registro de campo, se puede establecer que un número importante de estos productores ha logrado capitalizarse y mejorar el proceso productivo a partir de la implementación de semillas híbridas, mallas antigranizo en los sembradíos (mallas que también protegen los cultivos del fuerte sol en época estival) y el riego por goteo. Sin embargo, en un 50% de los casos, el sistema de riego predominante a nivel de predio es “por manto” o “surcos”, donde las pérdidas por evaporación y el mal estado de infraestructura de los canales son muy altos. Asimismo, tanto los grandes productores como las asociaciones empresariales que los representan (ligadas a la Sociedad Rural Argentina) buscan concentrar la propiedad del agua desde otro modelo productivo (producción de alfalfa bajo riego) que aquel sostenido

⁶ De acuerdo a un informe del ex Registro Nacional de Trabajadores y Empleadores Agrarios (RENATEA), el total de productores (chicos, medianos y grandes) empadronados en el Departamento Cruz del Eje es de cuatrocientos. Pero, de acuerdo a la información de nuestras entrevistas, se debe estimar que existen otros cuatrocientos sin empadronar. De ese número total, un 70 % –estimativamente– son pequeños y medianos productores y, en su gran mayoría, se concentran en la pedanía Cruz del Eje por ser la que cuenta con condiciones más aptas para el desarrollo de la agricultura frutícola y hortícola.

por los pequeñas unidades de la zona. El aspecto más destacado que evidencia esta situación es que existe un alto nivel de inequidad en la distribución del recurso hídrico que afecta la dinámica socio-cultural de las producciones agrícolas a pequeña escala en la región (Paz y Fleitas, 2019).

Sin dudas, la consecuencia más grave de esta conflictividad por el acceso a los recursos es una caída de la demanda de empleo, en tanto los pequeños productores aludidos son los que *contratan mayor cantidad de mano de obra* para las diversas actividades agrícolas en sus unidades. Es decir, aunque tienden a complementar su trabajo con algunos miembros de la familia u otro tipo de labores y oficios (docencia, albañilería, cargos en la administración pública, comercio en la ciudad de Cruz del Eje, entre otros), son ellos quienes contratan entre quince y veinte jornaleros de manera estable a lo largo del año, los cuales, en su mayoría, son oriundos del departamento.

Así, y finalmente, llegamos a los *jornaleros/cosecheros cruzdelejeños*. Ciertamente, la influencia conjunta de factores políticos, económicos e institucionales más amplios, así como la relación con los grupos sociales que describimos, conforman el entorno en el cual dichos trabajadores construyen sus estrategias laborales. No es una novedad que la flexibilización de los procesos de trabajo en el agro se ha tornado una situación frecuente: sea mediante el ajuste de la dotación de personal o a partir de la contratación intermitente, sea mediante los sistemas de remuneración o el empleo de grupos específicos de obreros –como, por ejemplo, aquellos que tengan idoneidad en la tarea o que posean planes y pensiones para disminuirles el salario– (Neiman, 2010; Trpin, Kreiter y Bendini, 2014; Aparicio y Benencia, 2016). Sin embargo, o en virtud de ello, estos peones rurales tienen maneras de sobrevivir en el campo y evitar así la opción de migrar a la ciudad. En este sentido, cabe preguntarse: ¿qué componentes constituyen los in-

gresos familiares de los cosecheros cruzdelejeños? Como se mencionó previamente, en el departamento, durante las últimas décadas, avanzó el proceso de mercantilización de tierras de la mano de productores-empresarios extralocales, razón por la cual se vieron afectadas las explotaciones medianas y pequeñas y sus niveles de productividad, ergo: ¿cuál es el impacto de este proceso en las condiciones de vida de los trabajadores rurales? Y en cuanto a la capacidad de autonomía u organización para conservar el empleo en su territorio (por ejemplo, a partir de la participación en cooperativas agrarias que faciliten la consecución de puestos laborales), ¿disponen dichos jornaleros de alternativas de tipo comunitarias, más allá de la estatalidad, para evitar la migración de sus lugares de origen?

Los componentes del salario de los trabajadores rurales cruzdelejeños

Como se hizo mención anteriormente, hemos trabajado con veintidós familias cosecheras analizando aquellas estrategias económicas domésticas donde el ingreso proveniente de actividades productivas no reguladas por la relación trabajo/salario representen un componente indispensable de los ingresos familiares. Y esto es así debido al carácter discontinuo del trabajo en el campo sometido a la estacionalidad de los cultivos dominantes en la zona (hortofrutícolas y olivares, fundamentalmente), situación que genera una irregularidad de ingresos en la economía familiar que fuerza a las familias a recurrir al préstamo informal, a la compra “fiada” en los comercios-almacenes del barrio y a la ayuda entre familiares y/o vecinos o amigos.

En este sentido, la mitad de los jefes de familia entrevistados declararon haber realizado la campaña de recogida de olivos durante

cuatro o cinco semanas entre los meses de febrero y marzo. Teniendo en cuenta que dicha tarea se efectúa por el sistema a destajo, lo que supone para el cosechero un ingreso diario superior al estipulado en el *Nuevo Régimen de Trabajo Agrario* (o “nuevo estatuto del peón”, ley 26.727/2011), y que en esas semanas la fuerte demanda de mano de obra posibilita la incorporación a la tarea de la totalidad del grupo doméstico, ancianos y niños incluidos, tenemos como resultado que del total anual de ingresos provenientes del trabajo asalariado, aproximadamente los dos tercios se realizan en el corto espacio de cuatro o cinco semanas durante el verano.⁷

En Cruz del Eje se encuentran implantadas unas 5000 ha de olivos y, en promedio, el 70 % de la producción de aceitunas se destina a la fabricación de aceite, siendo las variedades Arbequina, Manzanilla y Frantoio las más cultivadas para ese propósito. Estas variedades se destinan principalmente a la industria aceitera y son las de mayor difusión en la provincia de Córdoba (INTA, 2013). Ahora bien, es preciso aclarar que en los últimos años en toda la región del oeste argentino donde el olivo tiene un lugar de importancia como producto agrícola comercial:

es una característica la concentración de la superficie implantada, lo que evidencia una crítica problemática socio-económica de equidad en el sector. Las explotaciones que dedican una superficie inferior de 25 ha representan más del 80% del total de las unidades reproductivas tradicionales con olivo. Esta limitante estructural sumada a la falta de titularidad de las tierras tiene efectos desfavorables tanto en la adopción y aplicación de innovaciones tecnológicas, como para apro-

⁷ Algunos cultivos de olivares tienen siembras entre sus pasillos, tales como cebollas, papas y zanahorias. Y esas hortalizas se cosechan en noviembre-diciembre. Pero son escasos los productores que tienen esta complementariedad, situación que redundo en trabajo más continuado para los peones.

vechamiento de oportunidades de políticas activas en la etapa de producción primaria y /comercialización. (Fernández Besada y Cáceres, 2010, p. 224)

Cruz del Eje no representa una excepción a esa realidad de la zona olivícola nacional. Pero, a dicha situación, se le suman algunos agravantes. En primer lugar, los pequeños productores se encuentran en una situación de desventaja frente a las fuertes inversiones que realizan las grandes unidades (creación de plantaciones intensivas, mejoras del olivar con la puesta en riego y la reconversión de variedades para facilitar la recolección mecanizada). Así nos lo describía Carlos A., quien posee un campo de olivos en la comuna de Media Naranja:

Los productores genuinos de la zona somos cinco o seis, o sea, los que históricamente hemos podido sobrevivir. Con campos en el norte también o en otros lados, pero están. Porque, digamos, la pequeña economía: "Don Pérez tenía diez vacas, don Juan tenía chanchos", esa desapareció. No quedó porque nos hemos descapitalizado en su momento y ahora es muy difícil remontar. (Entrevista a pequeño productor hortofrutícola, cuarenta y cinco años, cosechero y docente, Comuna Media Naranja, Cruz del Eje, 2015)

En segundo lugar, existen campos que no tienen los títulos de propiedad saneados, o al día, y entonces "se dificulta todo", especialmente lo referido a trámites por el agua, acceso al crédito, entre otros. El pequeño productor debe realizar una inversión para rolar, para limpiar, contratar trabajadores,⁸ y como alude uno de ellos, de la comuna El Brete, este conjunto de elementos redundan en la disminución del número de olivares en las pequeñas explotaciones:

⁸ Contratan entre treinta y treinta y cinco jornaleros en la época de cosecha únicamente, pues para el mantenimiento de los olivares basta con el peón a cargo de la casa o lo efectúa el propio productor.

Mira, yo tenía de mi campo de 40 ha, 25 con olivos y hoy le pasé la topadora a casi todos. Eran los olivos que había plantado mi abuelo. ¿Cuál es el problema? Necesita el mantenimiento lógico de cualquier plantación, pero entre el poco cuidado de las labores culturales que le hacemos al olivo, los bajos precios de la materia prima [...] el aceite de oliva cuesta un montón y la materia prima no vale nada, entonces es complicado mantener la producción. Así que, la idea es arrendar. Somos poquitos los autóctonos productores de la zona, y yo debo ser el más joven: todos los de mi generación han abandonado, se han retirado [...] es mucho sacrificio, y no cierran los números. (Entrevista realizada a un pequeño productor hortofrutícola, cuarenta y dos años, cosechero, Comuna El Brete, Cruz del Eje, 2015)

Coincidieron, a su vez, algunos factores negativos durante los últimos años: hemos corroborado en nuestras visitas al territorio (realizadas desde el año 2013) lo que mucha gente nos comentaba en las entrevistas, a saber: durante siete años estuvo lloviendo entre 300 mm y 500 mm anuales, por lo que el dique no se llenaba y la crisis ambiental se presentaba como irreversible. Además, junto a una plantación nueva (brotes de la vecina provincia de San Juan), llegó el insecto-parásito de la cochinilla, produciendo un contagio generalizado. De todos modos, la mayoría de estas problemáticas puntuales evidencian escasa organización interna entre los pequeños productores de la zona (“estamos muy separados”) y un mal desempeño de los gobiernos locales, que no facilitan ni colaboran en la tarea de los pequeños productores.

Ahora bien, desde el verano del año 2014 comenzó a llover alrededor de 800 mm al año y las actividades productivas tomaron nuevo brío. Así, renació la hortofruticultura (el cultivo de hortalizas, tales como lechuga, tomates, berenjenas, pimientos, y de algunas frutas, como damascos, melón, sandías), y se constituyó en otra de las fuentes principales de trabajo asalariado. Dicha actividad tiene una dis-

tribución temporal menos concentrada que el olivo, pero a diferencia de este se ejecuta por el sistema de “a jornal” y en ella no participa el conjunto del grupo doméstico, sino exclusivamente el jefe de familia y, en ciertos casos, el hijo mayor.⁹

En resumen, respecto a las aportaciones del salario formal, estamos frente a economías familiares de bajo nivel de ingresos que además se producen de forma irregular y con una enorme concentración temporal. Todo ello genera amplios periodos de tiempo en el año sin ingresos monetarios regulares, durante los cuales el grupo doméstico acude al régimen de préstamo informal o a la compra de alimentos o ropa “al fiado” con la esperanza de saldar las deudas acumuladas cuando “llegue la cosecha”.

En esas condiciones, es fácil deducir que el consumo es discontinuo y de pocas cantidades, que el ahorro es nulo o escasísimo y que ello redundaría en la ausencia de dinero en efectivo dentro de la casa. Tal situación de subempleo crónico entre los trabajadores agrícolas es una constante de la historia social cruzdelejeña de los últimos treinta años y ha sido reflejada profusamente en la historiografía sobre el movimiento de trabajadores desocupados de los años noventa (Natalucci, 2003; Natalucci y Gordillo, 2005), así como en las agitaciones campesinas que tuvieron su corolario en la creación del MCC.¹⁰

⁹ Estas pequeñas explotaciones demandan al menos entre treinta y cuarenta jornaleros en momentos claves del ciclo productivo (de agosto a diciembre), y contratan de quince a veinte peones en forma permanente a lo largo del año.

¹⁰ El MCC es una organización social-territorial con claras reivindicaciones por la tierra –reforma agraria– y por la soberanía alimentaria. Integra, a nivel nacional, el Movimiento Nacional Campesino e Indígena y, a nivel internacional, articula con la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y con la Vía Campesina. De manera formal se constituye desde fines de los años noventa como Asociación de Productores del Norte de Córdoba (APENOC), Unión Campesinos del Oeste Serrano (UCOS), Organización de Campesinos Unidos del Norte de Córdoba (OCUNC),

En una primera mirada de lo detallado hasta aquí, se observa que la alta concentración de la propiedad de la tierra agrícola en grandes explotaciones que no generan trabajo (solo siembran alfalfa para ganadería de cría y recría) y la progresiva situación de conflictividad por el acceso a recursos vitales como el agua (los canales están en pésimas condiciones, las altas temperaturas contribuyen a la evaporación y desde el año 2015 el consorcio de regantes se encuentra intervenido por el gobierno provincial debido a malas gestiones) son factores que generan, junto al cierre de la válvula de escape que suponía la emigración de jornaleros hacia regiones aledañas (cosecha del algodón en unidades productivas de mayor tamaño o de la papa y el ajo en Mendoza, esta última solía implicar la ausencia de los varones por períodos de un mes o dos), un alto excedente de mano de obra agrícola en el campo y, en consecuencia, la precariedad económica de las familias trabajadoras.

Sin embargo, debemos advertir que esta situación se vio remediada a partir de ciertas políticas del Estado Nacional durante la década que siguió a la salida de la convertibilidad (2003-2013), cuando los grupos subalternos, específicamente en el campo, fueron en atención beneficiados por el predominio de la intervención del Estado en la economía y por los distintos mecanismos de mediación institucional que tendieron a la mejora de la producción y reproducción en las zonas rurales de escaso desarrollo.¹¹ Hacemos referencia, puntualmente, a pensiones no contributivas por discapacidad –ancianidad–

Unión Campesina del Noreste de Córdoba (UCAN), Unión de Campesinos de Traslasierra (UCATRAS), y Organización Zonal Cruz del Eje (Romano, 2011, p. 112).

¹¹ Tal como plantean Bendini y Steimbregger (2011), existe una heterogeneidad de situaciones en el agro contemporáneo de nuestro país: “Pueblos deprimidos que se revitalizan y comienzo de nuevos ciclos, donde aparecen signos amenazantes por abandono de líneas de producción, y signos promisorios por mejoramiento de infra-

o desempleo; a planes de asistencia social, como la Asignación Universal por Hijo (AHU); a programas de alcance local y regional, como el Proyecto de Cuencas Lácteas Caprinas, coordinado por el INTI, y a la reactivación del cultivo de algodón, coordinado por el INTA. Con relación a las primeras, podemos decir que tuvieron la consecuencia importante de una percepción de ingresos más o menos regulares para los trabajadores, sobre todo en los momentos de mayor escasez de empleo, sin contraprestación alguna de trabajo de su parte (Paz, 2019 b).

En relación con los segundos, observamos que ambos proyectos tuvieron un impacto limitado debido a que, por una parte, no se revisaron los factores que inhiben fuertemente el desarrollo técnico avanzado de las pequeñas explotaciones (caso de las cuencas lácteas) (Paz y Rebollo, 2020) y, por otra parte, tampoco se tuvieron en cuenta las particulares características de los trabajadores rurales de la pedanía (para las arduas labores de cosecha del algodón), que se sumaron a la ya histórica distribución deficitaria del agua de riego en las parcelas pequeñas (Paz, 2018).

Sin dudas, en lo que respecta a los salarios familiares, tanto los subsidios como los planes sociales del Estado Nacional han entrado a formar parte esencial de las estrategias económicas de subsistencia para los trabajadores rurales cruzdelejeños. Y, en tal sentido, la des-

estructura social y políticas activas (retorno de jóvenes formados, intervención del Estado en programas sectoriales). También muestra que la pluriactividad, diversa y en aumento, y la movilidad espacial que se acentúa en la última década actúan como estrategias de reproducción social y/o como estrategias adaptativas a la presión de la modernización, a la marginación y expulsión; como una forma de resistencia" (p. 12). Ahora bien, las autoras señalan que dichos procesos están condicionados por el papel del Estado que media, facilita, protege, fiscaliza y que interviene mediante políticas diferenciadas sectoriales para pequeños productores y mediante políticas laborales y sociales para los asalariados agrícolas.

cripción realizada es importante porque, al menos de forma gráfica, nos permite identificar dos de los componentes del salario familiar de nuestros cosecheros, los ingresos salariales típicos y la percepción de subsidios, como rentas atípicas. En el apartado siguiente nos detallaremos en el detalle sobre la parte que comportan los ingresos de las actividades informales para obtener así una fotografía completa de las estrategias de subsistencia de los jornaleros.

Del sentido práctico y las actividades de la economía informal

Junto a la propuesta de trabajo de Pierre Bourdieu, consideramos clave para el análisis el sistema de disposiciones adquiridas en la práctica, es decir, aquellos aprendizajes incorporados desde una posición social que, por tal razón, forman un *sistema socialmente constituido*. Se trata de lo que el sociólogo francés denomina *habitus*. Hay una presencia operante de todo el pasado del cual es producto el *habitus* y es aquello que el autor señala como *el sentido práctico*. El *habitus* actúa como principio de invención, no nos lleva a actuar de manera mecánica repitiendo actos, precisamente porque se encuentra en una relación necesaria con el *campo*. “La estructura del campo es un estado de la relación de fuerzas entre los agentes o las instituciones que intervienen en la distribución del capital específico que ha sido acumulado durante luchas anteriores” (Bourdieu, 2002, p. 152). Los diferentes tipos de capital ejercen un efecto estructural, efecto que se cumple al margen de cualquier interacción. Esto es lo que hace que las acciones y decisiones del sujeto deban verse como opciones entre posibilidades definidas, en sus límites, por la estructura del campo.

Como ya fuera aludido, la elevada estacionalidad de las actividades agrícolas en Cruz del Eje (especialmente la del olivo y el algodón), sumada a la crisis actual de los sistemas productivos de menor escala, vienen condicionado la organización del trabajo y la vida cotidiana de los jornaleros cruzdelejeños: no se insertan completamente y de forma estable en las actividades del mercado laboral. En buena medida, no lo hacen porque no pueden, ya que en muchos casos también se trata de actividades con una demanda estacional o fluctuante. Esto consolida un mercado de trabajo con relaciones laborales muy precarias, enmarcadas en lo que Neiman (2010) refiere como “subempleo”. Y frente a esta acusada estacionalidad, nuestros cosecheros han aprendido a desarrollar estrategias de defensa. Al decir del antropólogo español Pablo Palenzuela (1995): “Se trata de estrategias económicas que aseguran su subsistencia, y la de sus familias [...], maneras de buscarse la vida, sobre la base de un componente de creatividad, de iniciativa y no a partir de una mera adaptación pasiva a los condicionamientos del entorno”. Lo que Bourdieu denomina como “previsiones adaptativas” donde “el *habitus* tiene un efecto invisible” (2002, p. 240).

Estas afirmaciones nos conducen a asumir que en determinadas sociedades las funciones económicas se establecen a partir de vínculos extraeconómicos, por fuera de la economía “formal”, y son ellas las que contribuyen también a asegurar las condiciones de reproducción de tales grupos. El conjunto de peones rurales cruzdelejeños se diferencia tajantemente de la masa de trabajadores permanentes de las grandes ciudades: muchos de ellos viven el “al día”, con ocupaciones agrarias y no agrarias intermitentes (changas), buscan un ingreso mínimo a través de la combinación de una multitud de tareas ocasionales y ganan lo justo para comer, alimentar a su familia y trasla-

darse hacia la urbe más cercana (Cruz del Eje, Villa de Soto, Deán Funes).

De esta forma, dentro de las economías domésticas, donde el grupo familiar (nuclear y ampliado) y los vínculos instituidos en torno a la cooperación resultan fundamentales para garantizar la producción (y por tanto, la reproducción del grupo), a menudo se mezclan las actividades económicas y las íntimas; con frecuencia, una sustenta a la otra. Debemos comprender, ergo, las distintas maneras en que las personas construyen/resuelven su economía cotidiana a partir de relaciones interpersonales y afectivas. Esto es, cómo a partir de un *profundo sentido de la sobrevivencia* se aplica la previsión práctica, la previsión del porvenir, que es por completo ajena a la lógica puramente especulativa de un cálculo de los riesgos, aunque sí logra atribuir valores a las diferentes posibilidades enfrentadas.

Tal como lo expresan Bendini y Steimbregger:

Los contextos de fuertes limitaciones históricas, de pobreza y adversas condiciones climáticas, no han logrado hasta ahora anular los lazos sociales a escala de las comunidades locales. Las diversas formas de resistencia demuestran la existencia de lazos sociales fuertes organizados en torno a las prácticas productivas. (2011, p. 14)

Es lo que las autoras caracterizan como “epopeya” ya que logran persistir con los condicionamientos estructurales y a la expansión territorial del gran capital. ¿En qué consiste la epopeya de actividades informales que les permite a los trabajadores rurales cruzdelejeños garantizar su subsistencia?

De las veintidós familias dentro de las entrevistadas en nuestro trabajo de investigación, en cada uno de los grupos domésticos existía al menos un practicante habitual de algunas de las actividades de economía “informal”. Ciertamente, en el medio rural del noroeste cordobés

estas *actividades complementarias* del salario rural se han realizado desde tiempo inmemorial. Algunas de ellas, como la recogida de frutos silvestres, el aprovechamiento de subproductos del monte (como la leña y la producción de miel) y las ventas al menudeo, son actividades que entroncan con la base económica de las primeras sociedades cazadoras-recolectoras y forman parte del derecho de “rebusca” que estas familias tienen para subsistir.

Actualmente, debido a los factores ya señalados de reducción progresiva del empleo agrícola, la realización de lo que venimos llamando “economía informal” ha experimentado una evolución en el sentido de que el producto de dichas actividades no se dirige solo al autoconsumo familiar como aporte a la dieta, o al reparto gratuito del posible excedente entre familiares y amigos, sino que, a través de su colocación en el mercado, se traduce en un aporte monetario del salario familiar. Específicamente, se observa que el catálogo de actividades es ilimitado y en absoluto estático. Sin embargo, partiendo de los usos tradicionales de las comunas y parajes cruzdelejeños, es posible confeccionar la siguiente clasificación, no exhaustiva, de estas actividades:

1. Actividades de pesca y recolección (truchas y pejerreyes, plantas aromáticas, leña, rebusca de restos de cosecha de algodón, garbanzos, etc.).
2. Transformación de subproductos del monte (carbón del monte, elaboración de bebidas y dulces, producción de miel).
3. Varios (venta de artículos como vestimentas y utensilios sin registro, traídos desde Buenos Aires o países limítrofes).

La cualificación monetaria del resultado práctico de dichas tareas presenta las dificultades inherentes de ese tipo de actividades desa-

rolladas al margen de todo control estadístico. Sin embargo, en base a las declaraciones de los informantes y conociendo los precios de ventas vigentes en la época para los productos más abundantes (pescado, leña, miel, ropas), hemos llegado a cuantificar, de forma aproximativa, la parte del salario familiar que comportan. En tal sentido, y siempre referido a la muestra, esta aportación monetaria equivale a la tercera parte de los ingresos totales anuales del grupo doméstico, con algunas excepciones significativas en las que dicha aportación representaba cerca del 80% de la renta familiar. Tal es el caso de Juan, de cincuenta y seis años, quien además de su trabajo en la finca hortofrutícola de un vecino se dedica a la producción de miel, y de eso saca su dinero de subsistencia familiar.

Para evaluar en su justa medida la significación en dinero que comportan dichas actividades y poder establecer así una relación comparativa con el rendimiento del trabajo asalariado típico, habría que tener en cuenta, al menos, estos tres elementos:

1. El tiempo-trabajo empleado en la obtención del producto.
2. La inversión necesaria en instrumental y desplazamientos.
3. La situación concreta del mercado para cada producto y los procedimientos de comercialización. (Pelenzuela, 1995, p. 89).

El factor tiempo-trabajo, absolutamente infravalorado por los propios trabajadores, está en una relación desfavorable respecto al tiempo-trabajo de la jornada laboral regular. La realidad demuestra que, por ejemplo, en *la recojida de leña* se necesitan, al menos, cuatro o cinco horas de actividad, aparte del tiempo de desplazamiento, para obtener unos ingresos equivalentes al jornal como trabajador eventual en actividades hortofrutícolas –\$500 por día (8,30 USD), en 2018–.

Durante los meses de invierno la recolección y venta de leña constituye una de las actividades principales de la economía informal. En este trabajo participa la totalidad de la familia; durante una o dos semanas los hombres cortan con hacha los troncos mientras las mujeres y los hijos ayudan sacando las ramas más pequeñas que quedan en los troncos y acarreando la leña hasta la orilla del camino. En el pago está incluida la carga en la camioneta o camión. Es necesario aclarar que estas son las unidades de medida más usadas. La venta de la leña posee rasgos distintos a la comercialización de la miel o menesteres como ropa y otros, debido a que presenta la participación directa de particulares que con vehículo propio se acercan al paraje o comuna; esto permite una pequeña “ruptura” de la dependencia con los intermediarios. Además, tales operaciones son pagadas con dinero en efectivo, lo que posibilita una mayor autonomía en el abastecimiento de los trabajadores.

La inversión en instrumental varía enormemente en relación con la actividad específica. Y, respecto a las redes de comercialización de los productos, habría que distinguir dos vías:

1. La comercialización de ámbito local, normalmente apoyada en redes de parentesco y de amistad que configuran una clientela más o menos fija para cada “especialista”. De esta forma se comercializan las prendas de vestir adquiridas en Buenos Aires o Bolivia, la leña y los productos de la pesca en el dique Cruz del Eje, entre otros.
2. La comercialización vía intermediarios. Este mecanismo significa, en el caso de la miel o de los arropes y los dulces elaborados con mistol y algarrobas del monte, el trasvase del producto a la economía formal, ya que los compradores son normalmente merca-chifles que trabajan para comercios en la ciudad, para cooperati-

vas agrarias o para la Red de Comercio Justo del MCC, legalmente constituidas.

Algunos intermediarios llevan años comprando en la zona y ello trae como consecuencia que existan *vínculos de reciprocidad* (que en algunos casos se institucionalizan mediante el compadrazgo) expresados en préstamos y favores que resultan de muy difícil medida. Un aspecto importante a considerar es la tendencia a la perdurabilidad de este tipo de relaciones, dadas las dificultades que presenta su ruptura tanto en el plano económico como simbólico. Así, el intercambio entre los jornaleros y los mercachifles, enmarcado en estas características, supone la venta de productos sin precio establecido y el retiro de los “frutos”, muchas veces, sin más compromiso que el “después arreglamos” entre las partes, lo que genera, en cierta medida, la construcción simbólica de una *zona de indefinición* que no es el resultado de un accionar igualitario. La determinación del momento, la forma en que se llevará a cabo y, sobre todo, quien fijará la nueva equivalencia emergerán del interjuego de una dinámica de poder en la que, ciertamente, no es el trabajador “especialista” el más favorecido.

Diferente es el intercambio a través de la Red de Comercio Justo creada por el MCC, dado que permite proveer a los asociados algunos elementos necesarios para su subsistencia hasta el momento en que logran “colocar” su producción. Lo importante aquí es que el énfasis de los miembros de la Red está puesto en trascender los aspectos “estrictamente económicos” y fomentar, antes bien, entre quienes participan, el desarrollo de prácticas solidarias y comunitarias. En este sentido, debe interpretarse la “flexibilidad” para el cobro de productos entregados y la comprensión de la urgencia en el pago al especialista: la Red entrega un 70 % en el campo cuando se lleva “los frutos” y el 30 % restante, luego de efectuada la venta.

En cuanto a las a ventas a través de Cooperativas agrarias, en Cruz del Eje encontramos La Regional Lda., una cooperativa con cincuenta años de historia que cuenta con un padrón nominativo de mil trescientos socios. Los jornaleros venden, sobre todo, miel a la cooperativa, que, a su vez, es la que les presta, en ocasiones, la máquina extractora y la estampadora de cera con la que cuenta en su planta.¹² Ciertamente, este intercambio se realiza en el marco de una prolongada relación entre los socios y la cooperativa (que es de 1° grado) debido a que durante muchos años se privilegiaron la pertenencia local, los valores culturales y sociales construidos a partir de los saberes e intereses históricos de confianza mutua y el apego a formas comerciales simples.

Como reflexión final, nos parece interesante resaltar los intercambios intracomunitarios por los que se distribuyen algunos de los productos de la economía informal de nuestros “especialistas cruzdelejeños”, sobre todo, pejerreyes y truchas, miel y dulces y arropes. Este mecanismo particular nos deja ver algunas manifestaciones de la solidaridad intragrupal en las comunas y parajes del noroeste cordobés. En el procedimiento participan casi exclusivamente las familias jornaleras, y los lugares de venta son los almacenes y bares frecuentados por los propios trabajadores agrícolas y, en algunos casos, sus propias viviendas (cuando la distribución se realiza mediante el “puerta a puerta”). Además, es muy frecuente su participación entendida más como una ayuda al compañero necesitado que como expectativa de obtener un determinado producto. De igual manera, se realizan *préstamos* de herramientas de trabajo, aunque ello no im-

¹² La estampadora de cera es una plancha con celdas impresas que permite que la abeja ahorre energía de trabajo, dado que no tiene que “empezar de cero” (entrevista a Raúl Cortez, Ingeniero Agrónomo, Presidente de La Regional Ltda. Cruz del Eje, agosto de 2015).

pide que se practiquen contraprestaciones, tales como “ayudas” o regalos. Lo que resulta indudable es que, en su conjunto, estos intercambios adquieren gran importancia en la reproducción social de las familias cosecheras.

Tal vertiente solidaria de la economía informal nos permite enlazar con el siguiente punto en que trataremos de analizar el aspecto “emic” de la cuestión, es decir, de qué forma los jornaleros valoran la existencia de estas prácticas de economía informal y hasta qué punto el recurso obligado a este tipo de actividades ha modificado su propia autovaloración como trabajadores del campo.

La percepción de los cosecheros

Quedan señaladas las características de la precariedad económica de los trabajadores rurales en Cruz del Eje y las actividades “informales” que realizan para garantizar su subsistencia diaria. Ahora bien, ¿hasta qué punto estas condiciones de existencia producen entre los cosecheros una visión de mundo que podría enmarcarlos en la cultura del “subempleo crónico”?

De las manifestaciones de nuestros informantes se deduce una clara comprensión de las causas que motivan la escasez de trabajo asalariado en las tareas agrícolas. La mayoría de ellos achaca a la progresiva mecanización de los cultivos tradicionales de la zona (aceitunas, legumbres) la drástica reducción que ha experimentado su calendario laboral en los últimos diez años. Esa es la razón fundamental para ellos, quedando muy rezagada, en las razones explicativas, la estructura de la propiedad de la tierra. Sin embargo, muchos de ellos vienen de familias parceleras, es decir, de familias de colonos que se encontraban en el medio de la polarización cosechero /terra-

teniente. Por esta razón, aquellos que aún no tienen su acceso a la tierra aspiran a eso en el primer lugar de las alternativas de futuro que desean tanto para ellos como para sus hijos. El aumento de trabajo en el campo, aunque no sea en su propia parcela, aparece en segundo lugar. Y la posibilidad de encontrar un empleo fijo en otro sector que no sea el campo viene en tercer lugar.

Respecto de esta última posibilidad, planteada como disyuntiva en las entrevistas, de los veintidós entrevistados, trece elegirían sin dudar el trabajo agrícola y solo cinco se mostraron claramente decididos a abandonar su actual oficio. A los cuatro restantes les daba igual, para ellos lo importante “es trabajar donde sea”.

Desde una mirada de conjunto, y presentada la disyuntiva campo/fabrica, podemos deducir una alta valoración del propio “oficio” de cosechero. Para ellos, el campo es lo único que conocen y lo único que saben hacer. En este punto es interesante resaltar la opinión de uno de los informantes de mayor edad (sesenta y dos años), quien se lamentaba de que uno de los efectos más perniciosos de los planes y subsidios sociales del Estado fuera la pérdida del oficio que se producía entre los jóvenes trabajadores. Según él, los jóvenes de hoy en día, habituados a recibir el plan social “por estar todo el día sin laburar”, no saben “ni cosechar los tomates”(entrevista a trabajador agrícola, sesenta y dos años, jubilado, Comuna de El Brete, Cruz del Eje, 2016). Es reiterada la mención por parte de medianos productores o ingenieros agrónomos de que “en Cruz del Eje no se consiguen peones para el campo” puesto que tienen los planes del Estado Nacional y por ello “no quieren laburar”: “Acá ya no quedan trabajadores, están todos con el tema de los planes y no quieren aceptar trabajo en el campo” (entrevista a trabajador de la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE), cuarenta y ocho años, em-

pleado, Cruz del Eje, 2016). En este sentido, un pequeño productor de la comuna de Media Naranja, nos expresaba:

La cosecha de la aceituna es un laburazo: necesitas mucha gente, por decirte: yo tenía treinta cosecheros en 20 ha. Mucho movimiento de vehículos... Además te piden la registración de los trabajadores, pero a veces la gente no quiere que la registre porque tienen pensiones y no las quieren perder [...]. Los laburantes son cada vez menos, cada vez cuesta más conseguir. Digamos, lo hacen por una cuestión de changa y nada más. Antes había gente interesada, que sabía trabajar, pero ahora no. (Entrevista a pequeño productor, cuarenta y seis años, productor olivícola y apicultor, Cruz del Eje, 2017)

En nuestra experiencia de campo constatamos que las familias están deseosas de conseguir trabajo, pero el punto de cuestionamiento es la *paga indigente* que les ofrecen. Debemos pensar en esta actitud de los trabajadores rurales como algo que deciden hacer y justamente en ello reside la fuerza y la utilidad de las reglas prácticas que, por responder al sentido de la sobrevivencia, no tienen explicación para los observadores poco entrenados. Por ejemplo, en relación con la cosecha del algodón, esto nos decían dos trabajadores de la última campaña en Cruz del Eje:

El trabajo en sí, de la cosecha del algodón, es un trabajo que no se paga bien, por ejemplo: un cosechero te puede levantar 70 kg de algodón por día, y vos decís, ¿cuánto sería el jornal que deberían pagarnos? \$1000 (16, 70 USD). O sea, más de \$100 (1, 67 USD) por kilogramo de algodón. Pero nos pagan \$58 (0,97 USD) por kilogramo. (Entrevista a trabajador agrario, cuarenta y siete años, cosechero, Comuna de Los Chañaritos, Cruz del Eje, 2017)

Lo que pasa es que los productores dicen que “no le dan los números”, que ellos tienen los costos de cultivo, de desmote, todo. Entonces, no hay negocio para ellos con la cosecha manual y pagando lo que nos

correspondería a los cosecheros [...] por eso muchos están usando cosechadora mecánica. (Entrevista a trabajador agrícola, cincuenta años, cosechero, Comuna de Paso Viejo, Cruz del Eje, 2017)

En este sentido, resulta un hecho la capacidad que tienen los empresarios, los directores de instituciones, los políticos, entre otros actores de la ciudad de Cruz del Eje, para marcar ciertos rasgos de la identidad de los trabajadores agrarios con frases como “vagos”, “no quieren trabajar”, “con los planes les alcanza”, y definir así los campos en los cuales se desarrollan estas formas de acomodamiento y resistencia. Tal situación nos remite al concepto de *hegemonía*, respecto del cual se ha escrito muchísimo y del que aún falta una definición precisa. Pero, en nuestro criterio, lo que está claro es que para Gramsci (2000) la “hegemonía” no implicaba simplemente consenso; por el contrario, era algo por lo cual las clases subalternas debían *luchar* con el objeto de crear una nueva hegemonía que reemplazase a la hegemonía de los sectores dominantes. En este sentido, las subjetividades políticas de los peones de la región no solo pueden verse en esta “microresistencia” de no trabajar cuando la paga es mala y vivir (o “tratar de”) con las ya aludidas actividades de la economía informal, con el acceso a los bolsones de vida que aún le quedan al monte, sino también en las redes de reciprocidad que tejen con sus vecinos y en las estrategias que pueden establecer con algunos punteros políticos, que son quienes brindan las pensiones y subsidios.

Respecto los subsidios por desempleo, la valoración de los entrevistados tenía una significación más variada que sobre el trabajo asalariado. Solamente seis de entre ellos (34 % de la muestra) se manifestaron absolutamente contrariados con su existencia. Este grupo, que podemos caracterizar como el más “maduro” en edad, rechaza los planes sociales por considerarlos como una “limosna” degradante para el trabajador y una medida de desviación de los

verdaderos objetivos para la región: trabajo estable y distribución de tierra. El resto (dieciséis) podemos considerarlo como favorable, aunque no dejo de apuntar críticas al sistema: fraude generalizado, despilfarro de dinero sin utilidad pública y favoritismo de signo político en el reparto de los fondos. A pesar de ello, la mayoría de los entrevistados (66 %) era favorable a la continuidad de los planes sociales, aunque mejor controlados y con mayor justicia en su distribución.

En cuanto a las actividades de la economía informal, tres son los aspectos que podemos resaltar del conjunto de opiniones vertidas. En primer lugar, la alusión generalizada a la estricta necesidad como razón última que justifica su práctica habitual. En segundo lugar, el rechazo total a cualquier sentimiento de culpabilidad en las situaciones de ilegalidad formal en las que pudiera incurrirse: hurto, pesca sin licencia, contrabando en pequeña escala, elaboración de carbón sin permiso, etc. No obstante ello, ninguno de los entrevistados manifestó alguna inclinación vocacional por su “especialidad”. A todos ellos les empuja la ineludible necesidad de aportar un ingreso complementario a sus hogares. La expresión “buscarse la vida” aparece en la mayoría de los entrevistados como formulación recurrente para sintetizar el carácter continuado de ese complemento de dinero para sus economías domésticas. En mayor o menor grado, la mayoría de ellos considera algo vergonzante e indigno tener que dedicarse a buscarse la vida con estas actividades marginales. Es decir, existe una valoración negativa de la “economía informal” por los propios especialistas y, por el contrario, la alta consideración del trabajo “de verdad”. Muchos de ellos consideran que los intermediarios “pagan poco”, pero no tienen otra opción que vender los productos a un precio irrisorio. Algunos representan la excepción que modifica la regla, pues defienden el valor de su trabajo y prefieren no vender y “aguantar a que mejoren los precios”.

Finalmente, es preciso señalar que la mayoría de los cosecheros tiene la visión de que ha sido excluida de la promesa de prosperidad. A nuestro modo de ver, ellos asocian la pobreza a *no tener oportunidades*, puesto que vivienda y comida tienen, pero “hay mucha ignorancia y falta de estudio y trabajo”, nos decía Ramón, un trabajador olivícola de cuarenta y siete años... Ellos ven la pobreza como una condición social inscrita en el lugar que simboliza su ruralidad, el campo, y como resultado de la reducida disponibilidad de acceso al trabajo y a los recursos naturales que tienen ahora respecto al pasado:

La que trabaja es la hija que se quedó con nosotros. Ella trabaja en la Comuna, los otros siete están en Córdoba, se fueron a buscar trabajo porque aquí no había trabajo. No hay que hacer acá, no tienen nada que hacer, no generan trabajo la gente de la Comuna, por decirte acá el jefe comunal hace dieciocho años que está y no hace nada. (Entrevista a trabajador agrario, setenta años, cosechero jubilado, Comuna de Guanaco Muerto, Cruz del Eje, 2016)

En su percepción, existe un contraste entre el trabajo informal y el trabajo asalariado en las quintas o estancias. Así, las actividades como la pesca, la recolección de leña, la producción de arropes o miel son caracterizadas como condiciones de mera subsistencia y reflejan la incapacidad de generar el dinero y las mercancías que proporciona el trabajo asalariado estable:

Lo mejor es trabajar para los parceleros y tener plata. Las jornadas son largas, pero se cobra bien [...] acá preferimos trabajar para los parceleros. (Entrevista a trabajador agrario, cuarenta y seis años, cosechero, Comuna de Media Naranja, Cruz del Eje, 2017).

Siempre tenía cosas que hacer o me llamaban para ir a algún lado, o me buscaba la cuadrilla para ir a Olivares San Nicolás. Mi señora se

hacía cargo sola de los chicos y de andar cuidando los animales. (Entrevista a trabajador agrario, sesenta y dos años, cosechero jubilado, Comuna Alto de los Quebrachos, Cruz del Eje, 2016)

De este muestrario de expresiones se deduce la importancia acordada al aspecto colectivo del auténtico trabajo (“la cuadrilla”, “los parceleros”), así como a su carácter reglamentado y jerarquizado (se sabe cuándo se empieza y cuándo se acaba, alguien te dice lo que tenés que hacer y tu obligación se reduce a realizar la tarea sin desmerecer a tus compañeros).

No obstante ello, el conjunto de la población y los trabajadores del campo en general le otorgan legitimidad a las actividades de la economía informal, y eso se manifiesta claramente en la configuración de las redes comerciales por las que se distribuye el producto obtenido (a través de redes de parentesco y amistad). Se deduce un sentimiento de ayuda mutua y solidaridad en buena parte de las adquisiciones realizadas por la clientela. A la par, el sistema de préstamos informal y la compra “a fiado” demuestran la escasez inveterada de dinero y el nulo ahorro de estas familias. Su estrategia económica se reduce a prácticamente alcanzar “los 200 pesos (3,35 UDS) necesarios para cada día”, y ninguno de los grupos domésticos estudiados realiza una previsión de necesidades económicas mensuales: su planificación económica es estrictamente cotidiana.

Frente a este cuadro general de escasez económica, de ausencia de ingresos regulares y de recurso obligado a actividades económicas precarias, las expectativas de futuro se perciben con un marcado pesimismo. Los más conscientes cifraban sus esperanzas en una hipotética intervención del Estado que supusiese, entre otras cosas: un efectivo reparto de tierra entre los cosecheros, una mayor regulación del trabajo agrario y la planificación de ferias para facilitar la comercialización. Sin embargo, no participan en la Organización Zonal

Cruz del Eje del MCC para garantizar el fortalecimiento de redes autogestivas y más igualitarias. Es decir, y de acuerdo a nuestro criterio, la lucha por la tierra ha dejado de ser la cuestión central del ideario en los trabajadores rurales cruzdelejeños a favor del empleo y de las garantías de subsidios por desempleo.

Asimismo, muchos de ellos creen que no tienen la habilidad para producir y acumular riqueza y otros (lo menos) culpan a los “malos políticos” y sus malas gestiones por la situación socio económica menesterosa de la región (no tanto a los empresarios o a los intermediarios comerciales). La gente explica su condición de pobre de maneras distintas y a menudo contradictorias. Además, muchas veces estos imaginarios tienen elementos del fetichismo de la mercancía y la ideología capitalista: la reificación de las relaciones sociales en objetos con vida propia y la subsiguiente idea de que el capital engendra capital sin la intervención del trabajo humano (Gordillo, 2018). Ahora bien, esto no significa que ellos no sean conscientes de las formas históricas de dominación que están detrás de su pobreza.

Conclusiones

Hemos analizado las condiciones materiales de existencia de los trabajadores rurales en el departamento Cruz del Eje, Córdoba, caracterizando la precariedad de sus economías debido a la ausencia de trabajo estable, a la poca capacidad de ahorro en los hogares y al recurso obligado al préstamo y las actividades de la economía informal entre redes de confianza. Sin embargo, nos resistimos a esencializar el cuadro de pobreza en el que viven estos hogares. Es decir, consideramos necesario el análisis de las causas estructurales de tal situación.

A nuestro modo de ver, la precariedad de las economías familiares de los jornaleros, muchas de ellas limitadas al estricto nivel de la subsistencia, tiene su origen, como ha quedado apuntado, en la progresiva reducción de sus salarios. El subempleo crónico de los peones cruzdelejeños es la consecuencia directa de la crisis de los sistemas productivos tradicionales en la región debido al avance del capital en el agro combinado con la profundización de la desigual distribución de la tierra y el acceso a los recursos vitales del territorio.

A partir de dichas transformaciones de las últimas décadas, nos encontramos con que aquellas unidades que han aplicado tecnologías en sus procesos productivos modificaron, en consecuencia, los requerimientos para los trabajadores que contratan. De este modo, se ha acentuado la participación de trabajadores temporarios y, además, se ha modificado su perfil (existe una creciente heterogeneidad y segmentación), a la vez que se ha diluido el carácter estacional de estos trabajadores al ser contratados repetidas veces a lo largo del año. Esto último incrementa su precariedad, especialmente, en momentos claves del ciclo productivo (de agosto a diciembre).

Sin embargo, el trabajo realizado nos permitió constatar que la intervención del Estado nacional a partir de subsidios y planes sociales representa una ayuda esencial para la reproducción de los sectores más vulnerables del agro. Tales prestaciones resultan, por un lado, un componente básico de los ingresos de los cosecheros y, por otro lado, una variable de ajuste y disminución salarial por parte de los patrones parceleros que no tienen pruritos en manifestar que pagan menos porque la gente cuenta con estas “asistencias”. En nuestro criterio, es preciso reconocer que antes que implicar la supeditación de identidades a factores de poder externos a ellas, estos procesos sacan a la luz la manera en que la subjetividad de los trabajadores agrarios se constituye y reconstituye por relaciones de dominación política.

En el marco de esta perspectiva es que se producen tanto espacios de control como espacios de resistencia y acomodamiento desde los cuales los actores canalizan sus demandas.

Asimismo, se puso en evidencia que las actividades de la economía informal (pesca, recolección de leña y aromáticas, producción de miel u arropes, entre otras) resultan una parte considerable de los ingresos de estos hogares y permiten la reproducción de las familias cosecheras. Se trata de capacidades de movimiento y percepción desarrolladas localmente, en especial, los sistemas de venta de los productos que solo se realizan en una red de familiares, amigos y vecinos. Es decir, son prácticas sintonizadas con el territorio, habilidades incorporadas de generación en generación; un *know-how* (saber cómo) producto de la observación e imitación. En este sentido, los “especialistas” cruzdelejeños no ven las prácticas y valores que despliegan dentro de la economía informal como dicotómicas con el trabajo asalariado, sino que, antes bien, asumen esa dualidad. Así, los sentidos asociados al trabajo rentado en el campo y al trabajo o las actividades fuera de él, forman parte de una misma dinámica social, más que responder a mundos sociales contrapuestos e inconexos.

No obstante, las prácticas son el resultado de opciones en el marco de condiciones objetivas que resultan en posibilidades u obstáculos. Es aquí donde comienza a cobrar sentido la noción de *habitus* de Bourdieu que hemos presentado. Nuestros cosecheros de la “Córdoba profunda” están atados a la necesidad de buscar lo mínimo para sobrevivir en un contexto adverso y de dificultad para acceder a los recursos básicos y, en tal sentido, toda su vida está librada a la incoherencia. A tal punto que el buscar se convierte en una profesión (buscar trabajo en las parcelas, buscar alguna pensión del Estado, buscar subsidio para el pago de los servicios públicos esenciales), así como el luchar (luchar por el acceso al agua de riego, luchar por la

tenencia de la tierra, luchar porque el colectivo “llegue” hasta el paraje donde viven). Consecuentemente, la elaboración de un plan de vida racional es el horizonte más lejano.

Finalmente, reconocemos que para la mayoría de los trabajadores rurales cruzdelejeños es difícil articular una visión estructurada de las fuerzas sociales en las que están inmersos. Se trata de la incertidumbre que caracteriza a cualquier grupo social, vinculado al extrañamiento de una experiencia colectiva de pobreza y sujeto a la constante mirada estigmatizadora de quienes ejercen las redes de poder local y regional. Sin embargo, en la resolución de problemas operativos para la venta “ilegal”, en la renovación y recreación de lazos de amistad y parentesco, así como en el refuerzo de los vínculos con la Cooperativa agraria La Regional Ltda. o con la Red de Comercio Justo del MCC, se pone en evidencia una relativa “reciprocidad generalizada” que permite la sobrevivencia cotidiana de los cosecheros y de sus familias. A la par, existe un control inherente sobre los escasos bolsones que aún perviven en el monte nativo y, en ese sentido, el campo se les presenta como un refugio que les permite contrarrestar condiciones de necesidad. Sin dudas, ambas prácticas coexisten como testimonio de las contradicciones históricas que definen la incorporación subordinada de estos grupos a una economía política capitalista.

Referencias

Aparicio, S. y Benencia, R. (2016). *De migrantes y asentados*, Buenos Aires: CICCUS.

Archetti, E. y Stölen, K. A. (1975). *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Azcuy Ameghino, E. (2012). *Estudios Agrarios y agroindustriales*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Balazote, A. y Radovich, J. C. (1992). El concepto de grupo doméstico. En H. Trincherio (Comp.), *La Antropología Económica*, vol. 2 (pp. 7-17). Buenos Aires: CEAL.

Becerra, V., Issaly, C., Ricotto, A., Bergamin, G. y Ryan, S. (2011). Agricultura familiar: vulnerabilidad económica en la provincia de Córdoba (Argentina). *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 67, 121-150.

Bendini, M. y Steimbregger, N. (2011). Ocupaciones y movilidades en pueblos rurales de la Patagonia. Una mirada desde lo agrario. *Mundo Agrario*, 12(23), 1-26.

Bergamín, G., Ryan S., Saal G., Barrientos M., Tamagnini M., Meyer Paz R., Menna J. y Tronca G. (2007). *La agricultura familiar en la provincia de Córdoba, aportes a la sustentabilidad y soberanía alimentaria*. Trabajo presentado en V Jornadas PIEA, Buenos Aires.

Bourdieu, P. (2002). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.

Burawoy, M. (1972). *The colour of class on the Copper Mines. From African advancement to zambianization*. University of Zambia, Institute for African Studies: Manchester University Press.

Cabido, M. y Zak, M. (2010). *Deforestación, agricultura y biodiversidad: apuntes sobre el panorama global y la realidad de Córdoba*. Universidad Nacional de Córdoba. Disponible: en <http://www.unciencia.unc.edu.ar/2010/junio/deforestacionagricultura-y-biodiversidad-apuntes>.

Cáceres, D., Soto, G., Ferrer, G., Silvetti, F. y Bisio, C. (2010). La Expansión de la Agricultura Industrial en Argentina Central. Su Impacto en las Estrategias Campesinas. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 64, 91-119.

Capogrossi, L. (2019). Estabilidades de cristal: claves y categorías para caracterizar el trabajo de limpieza en Argentina. *Revista Jangwa Pana*. (En prensa).

Ensabella, B. (2008). El deterioro de los ecosistemas del norte cordobés y los límites de las economías campesinas. *Mundo Agrario*, 9(17), 1-20.

Felder, R. (1994). El Estado se baja del tren: La política ferroviaria del gobierno menemista. *Realidad Económica*, 123, 50- 72. Buenos Aires.

Fernández Besada, A. y Cáceres, R. (2010). La demanda de mano de obra en olivo, provincias de Catamarca y La Rioja. En G. Neiman, Guillermo (Dir.), *Estudio sobre la demanda de trabajo en el agro argentino* (pp. 219-236). Buenos Aires: CICCUS.

Ferraris, G., Riachi, J. y Bravo, M. L. (2008). *Los cambios tecnológicos y su impacto en la estructura agraria, en los últimos 20 años. Un estudio de caso en el norte cordobés*. Ponencia presentada en VI Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales, Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.

Fornari, R. (2011). *La cooperativa de trabajadores rurales de San Vicente, una experiencia organizativa*. Tesis de Maestría (inédita). FLACSO, Buenos Aires.

Gordillo, G. (2018). *Los escombros del progreso*. Argentina: Siglo XXI.

Gramsci, A. (2012). *Antología*. México: Siglo XXI.

Gras, C. y Hernández, V. (2016). *Radiografía del nuevo campo argentino. Del terrateniente al empresario transnacional*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Grass, C. y Cáceres, D. (2017). El acaparamiento de tierras como proceso dinámico. Las estrategias de los actores en contextos de estancamiento económico. *Población y Sociedad*, 24(2), 163-194. Disponible en <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/pys/article/view/9939>

Guber, R. (2012). *La etnografía. Método, Campo y Reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hocsan, L. y Preda, G. (2006). *Agriculturización y "Bovinización". La renovada Territorialización Capitalista en Córdoba (Argentina)*. Trabajo presentado en VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural. FLACSO, Ecuador.

INTA (2013). Programa Nacional Frutales, Cadena Olivo. Disponible en: https://inta.gob.ar/sites/default/files/script-tmp-inta_programa-nacional-frutales-cadena-olivo.pdf

Leite Lopes, S. (2011). *El vapor del diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*, Buenos Aires: Antropofagia.

Martínez, C. (2011). *Articulación entre Unidades Domésticas en una Cadena de valor textil artesanal en el noroeste de la Provincia de Córdoba. Una experiencia de desarrollo socio productivo a través del INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial)*. Tesis doctoral (inérita). Facultad de Agronomía, Doctorado en Estudios Sociales Agrarios, Universidad Nacional de Córdoba.

Martínez Dougnac, G. (2014). Disputas, acaparamiento y despojo de tierras en la Argentina: no es la soja, es el capitalismo... *Revista ALASRU (Nueva Época)*, 10, 231-256.

Menéndez, E. (2010). *La parte negada de la Cultura*. Rosario: Prohistoria.

Ministerio de Finanzas, Dirección General de Estadísticas y Censos, Gobierno de la Provincia de Córdoba (2014) *Documentos Estadísticos 2014*. Disponible en https://datosestadistica.cba.gov.ar/dataset/affbc0b7-8aac-4a12-9f7a3160c3d5ff44/resource/8e70f376-9961-4725-ba0de234c9528e62/download/documentos_estadisticos_2014.pdf

Ministerio de Planificación, Inversión y Financiamiento, Secretaría de Planificación. Gobierno de la provincia de Córdoba. Hoja Provincial. Recuperado el 25 de abril de 2013 de <http://hojaprovincial.cba.gov.ar/>

Nash, J. (2008). Re-thinking Intersectionality. *Feminist Review*, 89, 1-15.

Natalucci, A. (2003). *Cruz del Eje, entre las puebladas y los cortes de ruta; actores, procesos identitarios y redes de comunicación*, Tesis de Licenciatura en Comunicación Social. Escuela de Ciencias de la Información, Universidad Nacional de Córdoba.

Natalucci, A. y Gordillo, M. (2005). Vulnerabilidades regionales y acción colectiva: el caso de Cruz del Eje, Córdoba. *Realidad Económica*, 211, 103-127. Buenos Aires.

Neiman, G. (Dir.) (2010). *Estudio sobre la demanda de trabajo en el agro argentino*. Buenos Aires: CICCUS.

Palenzuela Chamorro, P. (1995). Las culturas del trabajo: Una aproximación antropológica. *Sociología del Trabajo, Nueva época*, 24, 3-28.

Paz, M. L. (2018). Dinámica productiva y cooperativismo en una economía regional argentina. *Revista de Antropología Experimental*, 18, 179-193. Universidad de Jaén, España.

Paz, M. L. (2019a). Sobre la multilinearidad de la economía campesina: repertorio de actividades y tensiones. *Trabajo y Sociedad*, 32, 177-201.

Paz, M. L. (2019b). Subordinación al capital en Unidades Domésticas campesinas de Córdoba: relaciones de producción, conflictos por el agua y mediaciones. *Cuadernos de Antropología Social*, 49, 109-126. Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Paz, M. y Fleitas, K. (2019). Del líquido vital: entre la escasez y el valor de uso en la reproducción social campesina. Cruz del Eje, Córdoba (Argentina). *Mundo Agrario*, 20 (44), 1-18.

Paz, M. y Rebollo, S. (2020). Intencionalidades, conflictos y resistencias: análisis cualitativo de un proyecto de desarrollo rural en Córdoba, Argentina. *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, 84, 79-98.

Preda, G. (2015). La expansión del capital agrario en el Norte de Córdoba. Transformaciones y disputa por el territorio. *Revista de Ciencias Sociales*, 28(36), 55-76.

Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica*. Buenos Aires: Paidós.

Romano, M. (2011). *Nosotros siempre fuimos campo abierto. Conflictos Territoriales, Derechos a la Tierra y Poder Judicial en el Norte de Córdoba*. Tesis doctoral (inédita). Facultad de Agronomía, Universidad Nacional de Córdoba.

Roseberry, W. (1978). Peasants as proletarians. *Critique of Anthropology*, 11, 3-18.

Shanin, T. (1979). *Campesinos y sociedades campesinas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Soul, J. (2015). La Antropología del Trabajo contemporánea. Una revisión histórica de la constitución de su campo disciplinar. *Revista de la Escuela de Antropología*, 21, 67-84. Rosario.

Trabaglia, L. (2007). *La realidad operada en las últimas décadas en un espacio que escapa a la economía pampeana: el Noroeste de la Provincia de Córdoba*. Trabajo presentado en V Jornadas interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.

Trpin, V., Kreiter, A. y Bendini, M. (2014). *Abordajes interdisciplinarios en los estudios agrarios. Desafíos de la investigación social en el norte de la Patagonia*. Río Negro, General Roca: Publifadecs.

Vasilachis de Gialdino, I. (2007). La investigación cualitativa. En E. Vasilachis de Gialdino (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* pp. 23-63. Barcelona: Gedisa, pp. 23-63.